

guos emplazamientos indígenas. Nos encontramos con fundadores que muy bien se pueden calificar como los primeros alcaldes de sus ciudades.

Ciencia criolla. El apelativo «criollo» tiene hoy en América diferentes usos: para personas, costumbres, comidas, clases sociales. La ciencia criolla es la que, pasando el tiempo, elaboran de modo muy autónomo las pujantes burguesías de las ciudades; sobre todo en la época borbónica, al impulso de la Ilustración europea. Pero anteriormente a esta época ya hay figuras como la de Carlos de Sigüenza y Góngora y de su compatriota, la también mexicana, sor Juana Inés de la Cruz. De Sigüenza ocupa un lugar destacado en la astronomía, cartografía y geografía en el último tercio del siglo XVII. Tras siglos de olvido, ahora su figura es rescatada para la historia de la ciencia. Es ejemplo de la inquietud que se tenía en Nueva España por las exactitudes en medio de circunstancias tan difíciles para el estudio.

En otras partes del continente, como en Santafé, capital de la Nueva Granada (actual Colombia) una burguesía ilustrada daría verdaderos sabios como Francisco José de Caldas. Procedente del Sur del virreinato, Popayán, Caldas encontró en la égida de José Celestino Mutis todo el apoyo para sus estudios e investigaciones que le llevarían a la invención del barómetro. Pero el verdadero interés de este capítulo se centra en la lucha de Mutis por la modernización de la enseñanza y las condiciones sanitarias. Lucha contra la misma administración y contra las compañías religiosas que monopolizaban la escolaridad. Cátedras para la formación de médicos y cirujanos (quitándole el trabajo a los barberos) que Mutis porfiaba por fundar, pidiendo médicos y material a la Península. Llegarían muchos menos de lo que el sabio gaditano pretendía.

Ciencia nacional. Sobrevenida la Independencia, las nuevas naciones inician sus respectivos programas educacionales, extractados del pasado colonial y de las nuevas tendencias, tales como el positivismo y el darwinismo. El interés por el conocimiento de las especies, lleva a la realización de expediciones en busca de restos arqueológicos, y hasta de eslabones perdidos que en cada parte se cree encontrar en cuanta piedra o inscripción aún no catalogada.

El IV Centenario del Descubrimiento también fue celebrado con su bombo y platillo correspondiente, dirigi-

do por el liberal Práxedes Mateo Sagasta, que presidía el gobierno. Los conservadores querían vincular el acontecimiento al pasado cultural basado en la religión y en la lengua, y los liberales, al renacimiento científico que se afanaban por presentar.

Desgracias como las epidemias sirvieron para que la investigación científica se viese espoleada; y no sólo la concerniente a las naturales, sino a las administrativas pues los censos de población fueron material de primera mano para la evaluación de las enfermedades. En el Perú, durante la peste, entre 1903 y 1905, existió un curioso censo de la población afectada según «etnias o procedencias». Así, el cuadro divide a los afectados entre blancos, mestizos, negros y chinos.

Ciencia colonial en América es un ingente esfuerzo histórico y estadístico en favor de la actividad científica que con tanta pobreza se ha desenvuelto en el medio hispánico. El desinterés, y hasta el abandono oficial al respecto, contrasta con el afán en solitario de muchas cabezas pensantes que de haber tenido los medios apropiados, este universo de habla española y portuguesa no presentaría tanta desventaja con respecto al anglosajón y francés.

Consagración de La Habana. Jesús Barquet. University of Miami, Miami, 1992

Si ha habido un movimiento que por su solidez tenga derecho a la trascendencia en la historia cultural de Latinoamérica, ese es «Orígenes». Será porque la figura de su mayor exponente, José Lezama Lima, es tan grande que, sin quererlo, eclipsa a las demás y con ello a la importancia del fenómeno.

Jesús Barquet (La Habana, 1953) catedrático de literatura hispanoamericana en Nuevo México, condensa en este pequeño volumen la historia de «Orígenes». La publicación de revistas literarias al otro lado del Atlántico ha sido más importante que en Europa, según la escritora Nilita Vientós Gastón. Habría que incluir en ellas, abogando por el concepto de lo hispánico, a publicaciones españolas tan importantes como *Revista de Occidente*, puente entre Ortega y la Generación del 27. *Sur*, de Victoria Ocampo, se uniría a la pléyade de medios artísticos y literarios que armonizan junto con *Orígenes* la gran época de las revistas hispanoamericanas. Páginas

en las que se virtió lo mejor de muchas obras, tanto de juventud como de madurez, atestiguan la existencia, la mayoría de las veces efímera, de medios como *Revista Bimestre Cubana*, *Orto*, *Cuba Contemporánea*, *Revista de Avance*, *Universidad de La Habana*, *Grajos*.

Barquet sitúa en su justo contexto la denominación que más va con «Orígenes»: que no es otra que la de grupo. Y nunca «generación». Si estadísticamente una generación se cumple cada treinta años, es difícil, por no decir necio, encasillar a los movimientos artísticos y literarios en tan estrecho cauce. «Orígenes» fue un movimiento y su fecundidad tal vez la debe a la intergeneracionalidad de sus componentes. En palabras de Lezama: «en el valle del esplendor no existen jóvenes ni viejos. Lo que queda de una generación es la cima de todas las generaciones. La Tierra Prometida, la Orplid, la Fata Morgana, interesan más que el grupito que se tiene enfrente por orden de Cronos o de Saturno».

«Orígenes» intentó, y logró, una regeneración en todos los campos. Ejercicio necesario en una Cuba que no acababa de encontrar un sitio dentro de sí misma, ya consolidada la independencia respecto de España. Las dificultades que comportaban las relaciones con los EE.UU. y el sometimiento por medio de la enmienda Platt, son una rémora que «Orígenes» no aborda explícitamente concentrándose más en lo exclusivamente artístico. Mejor forma, si se quiere, de ganar una identidad en el concierto de las naciones libres.

Para leer a Pablo Neruda. José Carlos Rovira Soler. Palas Atenea, Madrid, 1991

De una forma casi minuciosa, la obra de Pablo Neruda es abordada por Rovira Soler en este corto pero interesante volumen. Tarea ingente si se aprecia la magnitud de una de las poéticas más extensas y dinámicas en idioma castellano en lo que va de siglo.

Decir de Neruda que era un prolífico es decirlo todo pero también se corre el riesgo de caer en el tópico y en la gratuidad. En él se daban el romántico, el metafísico, el costumbrista y hasta el político. De panfletario se atreve a calificarlo Rovira; y no sin razón, si se conoce una obra hecha con rabia, desde la indignidad, como

es *Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena*.

La simbiosis entre naturaleza y mujer están dadas en una obra de juventud, pero clave en la iniciación a la nerudidad como son los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. El mismo poeta se extrañaba de que la obra mantuviera su frescura a lo largo de los años, de cómo el libro había unido a muchas parejas de enamorados. Un libro triste pero incendiado de amor, de ese Santiago estudiantil que actuaba como contrapunto del Sur que seguía viviendo en la sangre del autor. De él aún no han desaparecido los muelles de Carahue y de *Bajo Imperial, el río por el que siempre transcurrirá su vida*. La que iba construyendo junto a su obra, a base de pedazos, de luminosas partículas que Juan Ramón Jiménez fustigaría. Decía el Nobel de Moguer que Neruda tenía una mina explotada y por explotar; que encontraba la rosa, el diamante y el oro, pero no la palabra que representaba todo aquello. La poética de Neruda era como la de un rebuscador que iba encontrando partes dispersas que seguían igual de dispersas, pues el único mérito era el haber sabido hallarlas.

Neruda no aprendió en los libros ninguna receta para la composición de un poema, ni tampoco dejó escrito consejo alguno para los nuevos poetas. Esta advertencia hecha en su discurso al recibir el Premio Nobel, se complementa con la aseveración de que la poesía es una acción pasajera o solemne, en que entran parejas la soledad y la solidaridad, el sentimiento y la acción, sin despreciar la intimidad de uno mismo, y la secreta revelación de la naturaleza.

Navaja. Fernando Curiel. Premiá, México, 1991

Armoniosa combinación de prosa y poesía es la exhibida por Fernando Curiel en apenas 143 páginas. La agilidad discursiva y la profundidad del mensaje auxilianse mutuamente en el momento en que la temática puede resultar difícil, accidentada, para el lector no muy versado o para el no mexicano.

En *Navaja* concurren varios géneros y entre ellos el cuento. Cuentos que no pasan de las cuatro hojas, ajustándose a una de las reglas del género como es la brevedad. Decía Hemingway que en la novela el escritor gana

por puntos, pero que en el cuento tiene que hacerlo por *knock-out*. Curiel logra «noquear» la situación —no al lector— en todas sus entregas con un lenguaje encendido, contundente, sin concesiones a la retórica ni a la excesiva metaforización, pero sin renunciar al patetismo de que tienen que estar teñidas ciertas imágenes. Como la triste historia de unos «espaldas-mojadas» que mueren en un vagón frigorífico después de huir de la miseria a nado por el gran río que divide un mundo y el otro.

Ingratitudes que son compensadas por genialidades. Como una serie de aforismos, máximas mejor, intercaladas cada tantos «cortes»; que es como el autor designa a los capítulos. Uno de estos «cortes», llamado *Postales griegas*, alude ya sea a imágenes o episodios de la geografía y/o cultura helénicas; astutamente, Ulises, después de su fracaso como héroe, inventa la *Odisea*; el Minotauró es concebido con ayuda de un artilugio que imita a una vaca donde su madre, Pasifae, se introduce para ser parida; en su isla de Lesbos, Safo, mientras escribe, se pregunta qué flor crecerá en su tumba; y, permitiéndose gran licencia, Alfonso Reyes, en la laguna Estigia, paga su óbolo a Caronte.

El uso del idioma por parte de Curiel es, simplemente, magistral. La palabra, la eufonía que cada término encierra, es material que el escritor no desperdicia, en una búsqueda por robar a la gramática lo que contiene de poético. Explotación al máximo y cuidado al mismo tiempo, con precisión de orfebre, para que el encaje técnico no desluzca el virtuosismo que se propone al comunicar. Una sinfonía que recuerda a Rulfo y a Borges.

El galeón de Manila. William Lytle Shurtz. Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1992

El concepto de Hispanoamérica es tan grande que copa toda la idea que pueda tenerse de extensión española en el mundo. Extensión o dominio, pues Filipinas fue más un dominio que una colonia si nos atenemos a lo que este término significa técnicamente. No obstante, lo hispanoamericano excluye a todo lo demás, por lo que sonaría un tanto raro hablar de Hispanoasia, por ejemplo. Bajo tal denominación cabría no sólo el archipiélago filipino, sino toda la política española en el Lejano Oriente en busca de las codiciadas especias, una vez des-

cubierta América y habersele designado a este continente el papel de enorme yacimiento minero.

Durante 250 años la ruta entre Acapulco y otros puertos mexicanos con Filipinas fue cubierta por una línea que está considerada como la más larga del mundo. El galeón de Manila, o «las naos de China», intercambiaban, a través del Pacífico, oro y plata del Perú y México, chocolate de Guayaquil, especias, porcelanas y sedas de China, Japón y las Molucas. Así nacería una prenda, o la denominación geográfica de ella, como es el famosísimo mantón de Manila, que no es filipino sino chino, pero que al venir en el galeón de marras, tomó el gentilicio que actualmente ostenta.

Por las Molucas habría grandes enfrentamientos con los portugueses, desde épocas muy tempranas. El litigio por este territorio provocaría el tratado de Tordesillas por el que el mundo conquistado o por conquistar fue dividido entre las dos naciones ibéricas. Así nacería la gran extensión del Brasil actual.

Pero una España enfrascada en tantos conflictos europeos y mundiales no pudo establecer un comercio en Asia en condiciones. Miguel López de Legazpi se quejaba de que los soldados no sabían comerciar ni eran aptos para la colonia; arruinarían el país antes que enriquecerlo. También hay que anotar la escasa población de la que disponía la Península y que a la postre provocaría la inevitable compra de esclavos negros.

William Lytle Schurtz, historiador estadounidense fallecido en 1962, publicó la primera edición de *El galeón...* en 1939. Leoncio Cabrero Fernández y Pedro Ortiz Armengol, historiador y diplomático respectivamente, han reeditado este interesante estudio sacando a la luz una de las cuestiones de la que poco se habla: el concepto de Hispanoasia. Algo que pudo ser, y no es necio imaginar la importancia de un Pacífico entre América y Asia desplazando al Atlántico.

La poesía de José Martí. Entre naturaleza e historia. Ada María Teja. Marra Editore, Cosenza (Italia), 1991

El tiempo de Martí es, como todos, histórico y difícil. Cuba vive el terrible desafío de la independencia y de llegar tarde al compromiso con el resto de América. Es, junto con Puerto Rico, el último bastión del imperio es-